

Editorial

Teresa Durán Pérez

CUHSO 2001- 2002 es un reflejo de lo que nuestra revista ha crecido, tomando en cuenta su nivel de divulgación, que se ha ampliado, y el carácter especializado –nacional e internacional-, de su Comité-Editorial. En efecto, hemos logrado hacer llegar ejemplares a México, EE.UU y Europa, particularmente España y Francia, intercambiando ejemplares similares con nuestros pares del centro-norte y sur del país. Agregado a lo anterior, hemos recibido también aportes más variados desde distintas latitudes. La presente edición, por ejemplo, incluye tres aportes desde el extranjero y tres locales. En tanto, las temáticas abordadas, conciernen a las que la Unidad Académica patrocinante ha privilegiado: el desarrollo, el papel social y político del conocimiento, la disciplina, las manifestaciones del Arte y la Cultura entre otras; siendo la Antropología la disciplina que promueve y matiza la discusión. En efecto, la perspectiva antropológica local se refuerza al tener la ocasión de expresarse ante tan variados aportes y enfoques. Desde luego, en CUHSO 2001- 2002 se registran viejos y renovados debates en el campo de las ciencias sociales, a los que se han sumado los especialistas inspirados en una visión ecológica y sociocultural.

Si nos situamos primeramente en la sección Antropología y Arte, veremos que desde una base estrictamente reflexiva, Toledo y Gallardo nos llevan a compartir dos expresiones del sentimiento: por una parte, una cierta certeza de que, en forma paralela al proceso destructivo del planeta, impulsado por el enfoque clásico de ciencia, se levanta una alternativa

protagonizada por lo que Toledo denomina “ciudadanía planetaria”, que denuncia y actúa sobre el riesgo de autodestrucción. Por otra, Gallardo nos informa de la oportunidad de haber tenido una cita con el Arte a propósito de la visita de Benito Rojo a Temuco. Compartimos el supuesto de que no sólo de “ciencia” debe nutrirse nuestro espíritu académico. Antes bien, valoramos toda “actividad reflexiva” que nos lleve a darnos cuenta de lo que hacemos y de los eventuales impactos que nuestros actos provocan en los demás y en nosotros mismos; de ahí que esta sección la ofrezcamos como una oportunidad de que otros la compartan, porque al fondo estaremos hablando de un lenguaje más o menos común. Esperamos que no dejen de llegar aportes en esta dirección.

La sección más representativa de los procesos de construcción del conocimiento, en tanto, se desplaza desde aportes alimentados desde otras instancias, específicamente el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba, España, pasando por el Instituto de Lengua y Cultura Aymara de La Paz, Bolivia, en colaboración con el Birkbeck College, de Londres y posándose en Temuco, en la Universidad Católica, particularmente en la Escuela de Antropología y en el Centro de Estudios Socioculturales.

CUHSO ha seleccionado el artículo de Peredo y Barrera, porque desafía los acercamientos más convencionales en el campo del desarrollo, si bien procediendo de ámbitos académicos. Desde la

academia, no deberían extrañarnos las incursiones a través de las cuales se concibe “el desarrollo” como una actividad en que se otorgue alta participación a los destinatarios y/o ejecutores. No obstante, como ya sabemos, aunque las teorías los incluyan en esta perspectiva, ello no siempre supone una actitud real de aceptar la participación del otro. En este sentido, destacamos la actitud ética de los autores, quienes demuestran estar conscientes de las implicancias del conocimiento en la situación de los campesinos. Por otro lado, los autores demuestran ser investigadores de terreno y sentirse cómodos en este rol, lo cual es valioso como actitud e inicio de un proceso englobante como es el que se abre desde que comenzamos a relativizar nuestro quehacer. Otra cosa son cuestiones propiamente especializadas o técnicas en el campo del desarrollo y respecto de las cuales, obviamente, una supuesta perspectiva interdisciplinaria debería considerar.

Nos referimos al espacio que media entre un producto propiamente académico, como sería la Agroecología, en este caso, y concebir esta “como una alternativa de desarrollo rural”. Habría que precisar que esta alternativa primero hay que evaluarla respecto del seno académico desde la que surge, diferenciando los problemas a los que tal propuesta debe enfrentarse de cara al mundo no académico o no especializado, al mundo social. Suponer que tal alternativa se basa en “estrategias que potencien tanto la diversidad ecológica como sociocultural de una comunidad”, también nos merece un comentario, aunque este sea mínimo. En principio, el propósito es altamente loable, ya que el mero reconocimiento del fenómeno de la diversidad, en sus formas ecológica y sociocultural, nos parece un aporte ya que ello constituye criterio de distinción de enfoques en el campo del Desarrollo (Durán T. 1999). Otra cosa es cómo abordamos el tema de las estrategias... si ellas van a hacer de registro de la información pertinente y/

o de interpretación. Los autores se refieren a la necesidad de recurrir a los procedimientos interpretativos y ello los acerca al modelo de ciencia de lo sociocultural centrado en la interpretación a distintos niveles y por ende, alejado del modelo clásico de las ciencias naturales. De este modo, quedaría claro también por qué la Antropología local sólo puede aceptar en forma relativa la aproximación teórica y aplicada al desarrollo sin aclarar un punto central relativo al otro con el cual interactuamos; específicamente si ese otro es miembro y/o está vinculado al mundo denominado indígena y/o originario, o proviene del tronco campesino-europeo. Lo sociocultural aquí deviene en exigencias teórico-aplicadas, a nuestro juicio, ineludibles. En fin, el artículo de Peredo y Barrera hace pensar que el intercambio que podría generarse a través de CUHSO puede ser muy útil para todos quienes estamos en la línea del conocimiento y de acción comprometidos. Entonces, participar en CUHSO y en sus ediciones futuras les ayudaría en esta línea para superar una eventual mirada reduccionista de lo sociocultural.

El aporte de Samaniego y sus co-autores permite comprender, en efecto, que la visión de lo sociocultural puede ser encapsulante o liberadora según el modelo de razonamiento que impere en una época dada. Si bien esta condición constituye circunstancia casuística en la época actual, en que coexisten –aunque en competencia– enfoques que ofrecen por separado, ambas alternativas, la posibilidad de desentrañar las razones últimas del encapsulamiento y/o visiones de liberación y/o construcción de modelos apropiados para capturar lo sociocultural en su propia forma y contenido, están disponibles.

Precisamente el artículo de Durán va en la línea de mostrar cómo es posible avanzar desde el modelo accional que se opone frontalmente al modelo pre-

existente y aún imperante en la disciplina y plenamente vigente en la sociedad, como es el estructural funcionalismo, hacia un modelo de Antropología abiertamente interactiva. Este se haría cargo, en especial del espacio que va desde la academia, se transporta hacia la sociedad y desde éste vuelve a la academia para ser redefinido tras la búsqueda de ajustes más equitativos. Es decir, un enfoque que problematiza un objeto escasamente observado y discernido; un espacio inter-académico, de naturaleza sociocultural como lo es la data que el especialista habitualmente recoge y/o actúa, sin reflexionar mucho sobre ello. Es que se concibe la interacción al decir de Samaniego “como el espacio donde se hallan los elementos constitutivos de lo sociocultural”. Y al igual que lo señala este artículo, lo delicado del asunto es que los propios especialistas que se asumen como tales respecto de este ámbito cognoscible, pueden y desde luego lo hacen, asumir posturas epistemológicas que los lleven a “neutralizar” el mundo social y a inmovilizarlo. Ello nos hace pensar en la necesidad de no cejar en la actividad reflexiva, en situarnos y re-situarnos en el porqué y en el cómo de las cosas en las que estamos involucrados. Esta perspectiva de asumir un viejo debate pero actualizado en las acciones ligadas al conocimiento, como es el plano de la educación, particularmente aquélla que aborda temáticas tan emergentes como la “educación intercultural bilingüe”, la aborda Arnold con maestría. Su artículo, al igual que el de Samaniego, profundiza en una polémica antigua pero de actualidad política: la supremacía de un enfoque desarticulador de la realidad sociocultural por sobre una pre-existente y/o en desventaja sociopolítica, como es el holista, si bien diferenciador de niveles y matices de la realidad. En tanto el primero desde la filosofía social reclama la observación de los vínculos entre la ciencia, la tecnología y la sociedad para afirmar una perspectiva interesada, el segundo y último a considerar en esta

Editorial, aboga “por no separar el estudio de la cultura o la sociedad, del estudio del lenguaje”... bajo el supuesto renovador de que “no se puede entender una cultura o una sociedad sin entender sus interacciones lingüísticas”... Estos tres últimos autores, entonces, demandan que los actores sociales, sean estos en el plano de la tecnocracia, en el plano de la profesión aplicada a su contexto de origen, o en el plano de la educación, recuperen o instalen “el sentido” de lo sociocultural, particularmente en contextos interculturales. De este modo, aun sin proponérselo previamente, CUHSO 2001- 2002 puede conversar con quienes como Peredo y Barrera están interesados en la acción social, sean estos especialistas o directamente actores de la escena social cotidiana. Lo hacen con el propósito que señala Arnold, de no esquivar el diálogo con sentido ontológico, es decir, de un diálogo que permite un intercambio profundo, de ser sociocultural a ser sociocultural, sin que uno determine, por razones sociales, los que el otro deberá pensar y decir. En otras palabras, evitar un monólogo de dominio. Antes bien, CUHSO lo invita a avanzar hacia una más auténtica y posible inter-culturalidad.